

## LAS ANDANZAS DE JACK EL DECORADOR

### EL ASESINATO DE VERÓNICA MARPLE. EL CASO DEL DECORADOR AMBIGUO

Conocí a Félix Pis en la inauguración de un local comercial más o menos afortunado. Pis daba la mano con blandura de viuda holandesa en celo y movía tanto el cuello como las caderas. No resultaba un tipo molesto porque sostenía poco rato una misma conversación y se iba con el sonsonete a otra parte y con todo un repertorio de exclamaciones de histérica sorpresa. Por motivaciones profesionales le he visto en otras ocasiones. La más la más grotesca en el piso de Sibelius, decorador neozelandés. afincado en España, que presentaba a sus amigos el nuevo Pleyel que se ha comprado. Félix Pis se empeñó en tocar el piano y no tuvo otra pieza en la punta de sus dedos que la romanza *Mama mía de Cavalleria Rusticana*, respaldada por su inadecuada voz de tenor tiple. Pero nada presagiaba la tragedia que amenazaba su vida.

Hace quince días me despertó el teléfono a las cuatro de la madrugada. Aparté con cuidado la cabeza de dormida compañera de pijama y me puse al habla. Era Félix Pis

—Jack, te necesito, estoy en un grave apuro

—Tendrías que aclararme un poco más la cuestión

—La policía va a detenerme de un momento a otro. Se me acusa del asesinato de Leo Pilmaver.

Lance un silbido de detective privado de novela de Stanley Gardner. Le contesté como si yo fuera Perry Mason.

—Ahora haz todo lo que diga. Coge el coche de un amigo y vete a un hotel de Esplugas. Inscríbete con el nombre de Nico Ancochea y espera a que yo mañana e despierte y procure enterarme del caso.

Volví junto a mi rubia partenaire que se había despertado e intentaba una serie de contactos furtivos de inequívoca finalidad. La abofeteé con convicción y sonrió satisfecha. Hay descargas paralelas que a uno le pueden sacar de situaciones apuradas

Al día siguiente me vestí de Director-Gerente y alquilé un Dodge Dart. Me fui al domicilio de Félix Pis y cuando me disponía a entrar me paró una pareja de policía.

Ya estaban pues a la caza de Félix Pis.

Minutos después dialogaba yo con Hércules Poirot, especialmente venido desde Londres para resolver el caso.

—*Mon ami*— me calificó Hércules, envanecido porque yo le había identificado nada más verle — su amigo Pis está en un grave apuro. Cien testigos presenciales aseguran haberle visto salir ayer noche del domicilio de Verónica Marple. Dos horas después apareció la señora con la yugular cuidadosamente seccionada con un estilete diseñado por Joe Colombo.

— Quiero ver a esos testigos

—Helas! La cosa está hecha.

Los testigos van estaban concentrados en la Plaza Catalunya y todos dijeron a coro que habían visto salir a un afeminado del piso de la Verónica y que ese afeminado se parecía mucho a Félix Pis. Intenté sonsacar con habilidad. Es decir. Estrangulé brevemente a treinta y tres testigos y pateé a los sesenta y siete restantes, ancianos y niños incluidos.

Refrendaron sus declaraciones habituales. Poirot, que era miembro de la liga de Derechos del Hombre, observaba con repugnancia mis métodos, pero los consentía vanidosamente porque confiaba plenamente en sus observaciones iniciales.

— ¿Motivo del crimen?

Poirot cabeceó sonriente.

—La vanidad humana. Verónica había patentado un diseño de orinal que Félix Pis había diseñado de manera muy similar.

— ¿Conoce a Félix Pis?

—¿No, pero conoce Vd. a Verónica Marple?

Sólo le diré Mr. Jack, que su verdadero nombre era Leo Pilmayer.

Pude contener la exclamación, pero no la contuve. Ahora recordaba algo que no encajaba en mis habitualmente perfectos razonamientos. Félix Pis me había hablado de Leo Pilmayer como víctima y en cambio la policía se refería al caso como el de Verónica Marple.

—Puede ser un ajuste de cuentas amoroso, una bazofia querido Mr. Jack —dijo Poirot con los ojos húmedos y mirándome con glotonería. Yo siempre había sospechado cierta ambigüedad en Poirot, pero no tanta. Me despedía con una excusa de personaje femenino de Corín Tellado y dando varios rodeos para despistar a la policía, me fui a Esplugas. Nada más abrirme la puerta Félix Pis le abofeteé con saña y no respete ni la sangre ni los dientes partidos para proseguir mi metódico castigo.

—¡Por qué me pegas! — gritaba el infeliz.

—Todo esto te lo doy por no haber dicho nada, imagínate la paliza que te voy a dar si me mientes en algo de lo que te pregunte. Lloriqueaba y me llamaba fascista por lo bajín. No. Me aseguró. No he matado ni a Verónica ni a Leo Pilmayer.

—¡Mientes!

—¡Te lo juro!

Estuvo en casa de la Marple por la tarde para discutir el asunto del plagio del orinal. Se marchó al oscurecer y cuando ya estaba dormido alguien le llamó para decirle que la policía iba a detenerle por el asesinato.

—¿No adivinaste quién te llamaba?

—No identifique la voz. Me asusté y te llamé.

— ¡Hemos caído en la trampa! Si tú me hubieras dicho que te habían avisado anónimamente no te habría aconsejado la huida. Ahora es como si hubieras admitido tu culpabilidad.

—¡Me has perdido!

Observé que se agarraba desesperadamente a un sombrero hongo.

—¿Usas sombrero hongo?

No. Me lo llevé de casa de Pilmayer o Marple, como se llame. Fue una pequeña e infantil venganza por el plagio.

Di un rugido de entusiasmo. Cogí el sombrero y lo observé con detenimiento.

Cogí súbitamente a Pis por una mano y me lo llevé a rastras hasta el coche.

Media hora después estábamos en el despacho del inspector jefe a la espera de Poirot que había sido urgentemente localizado. Pis, pese a mis protestas, estaba esposado. No paré de decir que era inocente y que pronto aclararía los hechos en presencia de Poirot.

No, tardó en llegar el detective con malhumorada expresión.

—Estaba en la tercera ostra, *mon cher*.

Incalificable esta interrupción gastronómica

Incalificable,

—Aquí está Félix Pis.

—Bien. Caso concluido. Tal como yo dije, aconsejado por mis pequeñas células grises, Félix Pis es el asesino

—¡No! ¡No!

Gritaba el mentecato de mi protegido hasta que le cerré la boca con la totalidad de mi puño. Ya sereno, me encaré con los presentes y dije:

—Pues yo he llegado a conclusiones muy diferentes. Félix Pis no es el asesino

—¿Quién si no?

—El propietario de este sombrero hongo. Poirot empalideció y los demás policías me miraban como a un hippy.

—Y lo demostraré fehacientemente. Este sombrero no encaja ni en la cabeza de la víctima ni en la del supuesto asesino. Es un diseño de Agatha Christie presentado en la feria de Colonia del 66 y mi protegido despechado por el plagio del orinal del que había sido objeto se lo llevó de casa de la víctima ayer por la tarde. El asesino es el propietario del sombrero. Hay que buscar la cabeza que estaba debajo de él. Sin duda llegó al piso de la Marple o de Pilmayer antes que Félix Pis. Estuvo oculto durante la entrevista. Esperó a que se fuera y entonces asesinó. Telefonó a Pis para que se alarmara y huyera. Sabía que había sido visto por numerosos testigos.

Ese asesino es ...

Cogí el sombrero y me dispuse a buscar la cabeza en la que encajaba. Bruscamente lo dejé caer en la de Poirot.

— ¡Vd.!.

—¿Poirot? —gritaron los presentes sorprendidos.

—No. No es Poirot. Es Lucila Goldman recubierta con una máscara diseñada por Le Corbussier.

Tiré de la máscara y quedó ante nosotros una despampanante rubia enfurecida.

—Asesinó a Pilmayer o a la Marple para saldar un viejo pleito amoroso.

—Entonces el muerto era hombre o mujer

—Preguntó el inspector.

—Habrá que preguntárselo al forense.

—Yo puedo asegurarles —dijo ex-Poirot con énfasis —que era todo un hombre. Y yo no entendía ya nada.

Jack el Decorador

*Hogares Modernos*, febrer de 1971